

Era buena.

-De seguro...



Mirarás, de noche, las estrellas. Es demasiado pequeño mi país para que te muestre dónde se encuentra la mía. Es mejor así. Mi estrella será para ti una de las estrellas. Entonces te gustará mirar... todas las estrellas. Serán todas ellas tus amigas. Y, además, voy a hacerte un regalo...

Se rió una vez más.

-¡Ah, mi pequeño hombrecito! ¡Me encanta escuchar esa risa!

-Precisamente ese será mi regalo... será como el agua...

-¿Qué quieres decir?

-La gente tiene estrellas que no son las mismas. Para los unos, que viajan, las estrellas son guías. Para otros no son más que lucecitas. Para otros, que son sabios, constituyen problemas. Para mi hombre de negocios eran oro. Pero todas esas estrellas se callan. Tú tendrás estrellas como nadie ha visto ninguna...

-¿Qué quieres decir?

-Cuando mires al cielo, por la noche, puesto que yo habitaré en una de ellas, puesto que reiré en una de ellas, entonces será para ti como si se vieran todas las estrellas. ¡Tendrás, tú, estrellas que saben reír!

Y otra vez se rió.

-Y cuando te hayas consolado (uno se consuela siempre), estarás contento de haberme conocido. Serás siempre mi amigo. Tendrás deseos de reír conmigo. Y abrirás algunas veces tu ventana, por eso, por ese placer. Y tus amigos se asombrarán de verte mirar el cielo. Entonces tú les dirás: "Sí, las estrellas, ¡siempre me dan risa!". Y te creerán loco. Te habré jugado una muy mala pasada.

Y nuevamente rió.

-Será como si te hubiese dado, en lugar de estrellas, hileras de cascabeles que saben reír...

Se rió una vez más. Luego se puso serio.

-Esta noche... sabes... no vengas...

-Yo no te abandonaré.

-Parecerá que estoy enfermo... parecerá que voy a morir... Así será. No vengas a verlo, no vale la pena...

-Yo no te abandonaré.

Pero se le veía tranquilo.

-Te lo digo a causa de la serpiente. Es preciso que no te muerda. Las serpientes son mala cosa. Puede morderte por gusto...

-Yo no te abandonaré.

Pero hubo algo que lo tranquilizó:

-Es cierto que no les queda veneno para la segunda mordedura...

Aquella noche no le vi ponerse en camino. Se había evadido sin ruido. Cuando conseguí alcanzarle, andaba decidido, con paso rápido. Me dijo solamente:

-¡Ah!... Estás allí...

Y me tomó de la mano. Pero de nuevo volvió a atormentarse.

-No debiste hacerlo -suspiró-. Vas a tener mucha pena. Parecerá que estoy muerto y no será verdad. -Yo me callé-. Me comprendes. Es demasiado lejos. No me puedo llevar este cuerpo. Es muy pesado.

Yo me callé.

-Pero será como una vieja corteza abandonada. Son algo triste las viejas cortezas...

Yo me callé.

Se desanimó un poco. Pero hizo todavía un esfuerzo:

-Será muy agradable, ¿sabes? Yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas serán pozos con una polea herrumbrosa. Todas las estrellas me servirán de beber...

Yo me callé.

- ¡Será tan divertido! Vas a tener quinientos millones de cascabeles. Yo tendré quinientos millones de fuentes...

El se calló también porque lloraba...

-Eso es. Déjame dar un paso yo solo. Y se sentó, porque tenía miedo. Y siguió diciendo:

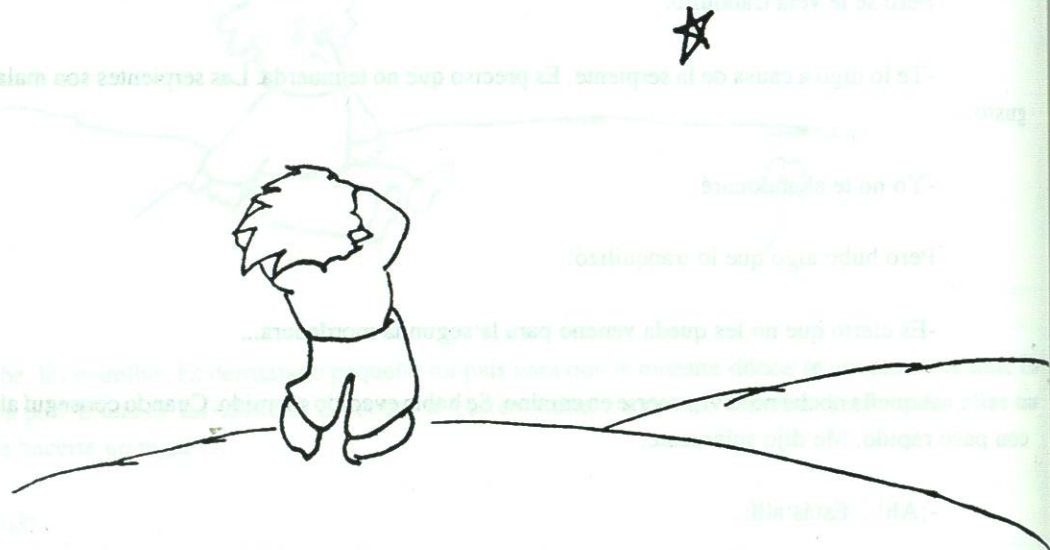
-Sabes... mi flor... ¡Yo soy responsable! ¡Y es tan débil! Y es tan inocente... Tiene cuatro espinas que no vale para protegerla contra el mundo...

Yo me senté, porque no podía ya permanecer de pie. Dijo:

-Hela aquí... Eso es todo.

Titubeó un poco todavía, luego se levantó. Dio un paso. Yo no me podía mover.

No hubo más que un relámpago amarillo cerca de su tobillo. Permaneció inmóvil un instante. No gritó suavemente, como cae un árbol. Con ello no hizo casi ruido, a causa de la arena.



XXVII

Y ahora, es cierto, de esto hace seis años ya... No he contado nunca esta historia. Los camaradas que me han a ver estuvieron muy contentos de hallarme vivo. Yo estaba triste y les decía: "Es la fatiga..."

Ahora me he consolado un poco. Es decir, no del todo. Pero sé muy bien que ha vuelto a su planeta, porque el sol, no encontré su cuerpo. No era un cuerpo tan pesado, después de todo... Y me gusta por la noche escuchar las cascabeles. Es como si escuchara quinientos millones de cascabeles...

Pero he aquí que acontece algo extraordinario. El bozal que dibujé por encargo del principito... ¡olvidé el correa de cuero! Nunca podrá sujetárselo al cordero. Entonces, me pregunto: "¿Qué ha pasado sobre su planeta? ¿Por qué el cordero haya devorado la flor..."

Acto seguido, me tranquilizo: "Seguramente no. El principito encierra su flor todas las noches bajo su cristal y vigila bien su cordero..." Entonces soy feliz. Y todas las estrellas ríen dulcemente.

Acto seguido, me digo: "Uno se distrae una que otra vez, ¡y con eso basta! Ha olvidado, una noche, el globo o bien el cordero ha salido sin hacer ruido durante la noche..." Entonces los cascabeles se convierten en lágrimas.



Este sí que es un gran misterio. Para ustedes, que quieren también al principito, como para mí, nada en el universo se modificará si en alguna parte, quién sabe dónde, un cordero desconocido ha devorado o no una rosa...

Mirad el cielo. Preguntad: ¿el cordero ha devorado o no la flor? Y veréis cómo todo cambia...

¡Y ninguna persona mayor comprenderá nunca que eso tenga tanta importancia!

Este es, para mí, el más hermoso y el más triste paisaje del mundo. Es el mismo paisaje que el de la página precedente, pero lo he dibujado una vez más para enseñároslo bien. Aquí es donde el principito apareció sobre la tierra, y después desapareció.

Mirad atentamente este paisaje a fin de estar seguros de reconocerlo si viajáis un día en Africa, por el desierto. Y si os ocurre pasar por allí, esperad un momento bajo la estrella. Si entonces viene un niño a vosotros, si ríe, si tiene cabellos de oro, si no responde cuando se le pregunta, adivinaréis fácilmente quién es. ¡Entonces, sed amables! No me dejéis tan triste: escribidme de prisa diciendo que ha regresado...



ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

Fue un hombre polifacético: aviador, filósofo, humorista, dibujante, geógrafo y escritor. Su fama literaria iguala a sus hazañas como aviador, ya que fue el primero en atravesar el Atlántico por la ruta de África a la Argentina y además fue aviador militar durante la Segunda Guerra Mundial. Sus vivencias fueron el trasfondo de su producción literaria: "Vuelo de noche", "Tierra de hombres", "Piloto de Guerra", "La ciudadela", y, sobre todos ellos, "El Principito", que apareció en Francia en 1943 y ha sido traducido a 90 idiomas, ejerciendo una atracción y un misterioso poder hacia niños y adultos. Su interpretación dependerá del lector, ya que es un texto que puede leerse en diversos niveles de lectura: un niño probablemente quede en el nivel denotativo, un adulto debe interpretar también lo connotativo. En el final, El Principito muere o desaparece; Saint-Exupéry también desapareció en su avión Lightning, matrícula 223, que despegó del aeropuerto de Bastia (Córcega) en agosto de 1944 y no llegó a su destino, la ciudad de Grenoble (Francia). En esa fecha tenía 44 años.

ACTIVIDADES ESPECÍFICAS

Los textos que leerás a continuación tienen un tema común relacionado con la protección, por lo general cuando nace el ser humano, es cuidado desde pequeño por sus padres, los textos que leerás presentan situaciones que motivarán tu reflexión.

I. Realiza lo siguiente:

- A. 1 Lee el texto "Adriana" de Edmundo Valadés.
- 2 Resume con tus palabras de qué trata el texto.
- 3 Comenta lo que más te agradó o desagradó del texto.

Adriana

EDMUNDO VALADÉS
en "La Muerte tiene permiso"

La Tierna Aparición

Sintió un irrefrenable deseo de saltar, un irrefrenable deseo de reír, un irrefrenable deseo de llorar, un irrefrenable deseo de gritar.

A pasos rápidos, nerviosos, buscó adónde ir. Casi sin darse cuenta de que la madre de ella lo abrazaba, salió al corredor.

Al pasar por la puerta -esa puerta detrás de la cual había oído los gemidos de la madre y el lloro de la recién nacida-, otra enfermera asomó.

-Se parece a usted.

Hubiera querido tener alas.

Y allí, en la soledad del corredor, se desbordó.

Como si fuera un fuego de pirotecnia ascendiendo y dibujando con multicolores luces todo el volumen de la noche.

Como si su interior creciera y ríos de ternura y alegría lo bañaran.

Como si estuviera saboreando la bondad de la vida.

Como si todo hubiera cambiado y fuera otro, mil veces mejor.

Como si fuera un hombre extraordinario.

Como si hubiera aprendido a decir, con una palabra, millones de palabras.

Como si tuviera la noción de que ya no moriría nunca.

Y era tan vertiginoso, tan lúcido, tan profundo, tan sorprendente, tan inesperado y tan bello todo lo que le bullía por el cuerpo y el corazón y tan diáfana la sensación de que por primera vez en su vida podría ir adonde quisiera, que lloraba con ganas de reír, y reía con ganas de llorar, sin saber si reía o lloraba.

-¿Se siente mal?

La madre de ella se lo dijo, acercándose a ayudarlo, asustada.

-Me desahogo. Gracias. No es nada. ¿Están bien?

Llegó la enfermera, alba, buena.

-Venga. Ya puede ver a su hija.

Allí, tras un cristal, envuelta en las ropas que la esposa había preparado con ilusiones y ternuras anticipadas, dejando sólo ver la cabeza, estaba ella.

La miró, profundamente, con asombro, con curiosidad, con duda, con certidumbre, con una ternura extraña y nueva, con tímido, soberbio y ancho orgullo. Y más tarde, al salir a la calle, empujó la puerta entre queriendo quedarse o correr en busca de los seres humanos a decírselos. Con un impulso de ir a algún lado. Se metió la manos en las bolsas, las sacó, frotándolas como saludándose a sí mismo porque era simple y totalmente feliz.

Caminó aprisa, buscando la gente, queriendo repartir su alegría. Y en una esquina, ante un desconocido que esperaba un vehículo, con ganas de abrazarle le dijo:

-Fúmesse un cigarro. Se lo ofrezco con mucho gusto.

El Feliz Hallazgo

Adriana conoce las flores. Le gustan. Sobre mis brazos, descubriendo al mundo, las observa curiosamente y extiende hacia ellas sus manecitas para acariciarlas con graciosa y delicada precaución.

Las primeras ideas precisas para ella, además de los seres que la rodeamos, son las lámparas, el gua-gua, el miau, la calle, la papa (la leche), la cuna, la meme (a dormirse), ¡no toques eso!, la patita (el pie), ¡upa! (que se prenda a mis hombros para cargarla), ¡mira! (que vea algo que aún no conoce).

Cuando llego a casa y me descubre, sonrío alegremente y me tiende su prodigiosa ternura, como si yo fuera todos los días un feliz hallazgo para ella, cuando ella lo es siempre para mí. Comprendo su gusto por estar trepada hasta mis brazos, rodeándome el cuello, arañándome una oreja, despeinándome. Creo que se siente más apta para ir comprendiendo y conociendo todo eso desconocido, inesperado, que va brotando ante sus ojillos escudriñadores: imágenes y objetos que sus miradas inteligentes van identificando y que poco a poco transforma en ideas exactas, con una lógica poética, en semillas de palabras que su memoria inicial hace un idioma que crece.

Si le digo: "vamos a ver al miau", sabe de inmediato que saldremos a la azotehuela, que yo haré "¡phsss!" y que al dirigir ella su mirada hacia el tejado, aparecerá un gato al que podrá observar larga y atentamente.

Le propongo: "¿vamos a la calle?"

Alborozada, da su entusiasta consentimiento y vuelve los ojos hacia donde está la puerta. La paseo por la acera y ella lo contempla todo desde su atalaya, especialmente a los niños que juegan y a quienes sigue, con miradas concentradas, probablemente con deseos de correr y saltar como ellos, atraída por afinidades que debe ir adivinando.

Le llamo la atención sobre que atrás, a sus espaldas, pasa un perro y prestamente vuelve la cabeza. Si va seria, sonríe de pronto ante cualquier persona -yo no me atrevería a decir que se ríe de ella- porque algo en esa persona le estimuló el sentimiento de alegre sorpresa. O da alborozados gritos ante niños tan pequeños como su propia edad, atisbándolo todo, secreta meditación, los carros, los tranvías, los papeles tirados en el suelo, una ventana, las gentes que pasan o algo que es ahí, inmemorial, a la vista de todos y que nadie sabe ver ya.

Luego asombrada ante ese mundo estático y móvil que bulle fuera de su cuarto, se inclina sobre mi hombro y yo me arrullo, hasta que se queda dormida. Y yo quisiera poder expresarle entonces que nada de todo eso, de la calle, de las gentes del día, de los colores, de las formas, es tan maravilloso para mí, como ella misma, entre mis brazos, haciéndome sentir que estoy aprieto dulcemente a la más dulce de todas las vidas.

El Prodigioso Solito

Corretea por la casa, a "gatas". Sólo si se siente asegurada, se atreve a caminar, a menudos pasitos, dando la vuelta alrededor de la cama. Queremos hacerla andar y ella se niega. Prefiere la seguridad del piso, apoyada en pies y manos. Y viene, incansable. Ha crecido de pronto, como de un día a otro, en sonriente milagro, asombrándonos de que ella sea la misma miniatura que mecíamos casi en las manos, cuando era pequeñita, tan pequeñita que creíamos que pasarían muchos muchísimos años para alcanzar un palmo más. Y ha pasado menos de un año y ella está regordeta, moviéndose, viéndolo todo queriéndolo tocar todo con curiosidad inagotable que le fluye de sus manecitas. Ya la casa, que era tan grande para ella, reduciéndose y no tengo mucho nuevo que enseñarle, porque todo lo conoce. Hoy, su madre me ha revelado una noticia sorprendente, de inusitada trascendencia: "Adriana ya sabe hacer solitos". Me parece una hazaña extraordinaria. Ella, tan pequeñita, por primera vez en su vida ha aprendido a sostenerse en pie, a quedarse plantadita, sin ayuda de nadie. Se lo he probado amorosamente, dispuesto a ver el más feliz espectáculo: "Adriana, haz un solito para tu papá." Ella medita brevemente, acepta gentilmente complacer mi solicitud, aunque sabe guardar su emoción mejor que nosotros. La alzo, la coloco sobre el suelo y ella me complace. Se queda de pie, con las piernecillas abiertas, sin doblarse, para asentarse mejor. Yo en cuclillas la veo con la más expectante admiración. Ella no se mueve. No se atreve, por temor a caerse. Y de pronto, porque ha pasado un rato de inmovilidad y ha creído que se quedará allí en suspenso, me grita, angustiada, a punto de asustarse. Y antes de que se suelte a llorar, le extiendo los brazos, la levanto, la hago sentirse a salvo de perder el equilibrio. Y los dos nos reímos, felices llenos de orgullo mutuo. Ella, porque yo estoy ahí, para tenderle a tiempo los brazos; yo, porque ella se ha transformado aprendiendo a pararse, en un prodigio formidable de vida.

EDMUNDO VALADÉS

La profesión de periodista ha enriquecido su obra literaria. Valadés escribe con estilo directo y su obra reúne temáticas tomadas de la realidad, expresadas en forma de cuentos muy bien logrados. Con su colección de cuentos "La muerte tiene permiso" se coloca en el panorama literario como cuentista de primera fila.

- B. 1 Lee el texto "La familia pequeña vive mejor" de Zacarías Jiménez.
2 Sintetiza lo que acontece en el texto.
3 Expresa que llamó tu atención del texto leído.

La familia pequeña vive mejor

ZACARIAS JIMENEZ

Cruzó la calle presurosa ignorando la orden de su madre.

-No corras, Maruca, o te irá peor. La pequeña llegó ante la puerta e intentó abrirla, pero sus fuerzas no le ayudaron. La mujerona la alcanzó jadeante, la cogió de los cabellos, la azotó contra el pavimento y la arrastró al interior de la casa con rabia inaudita e insuperable.

-Maldita la hora en que te parí. Nunca haces caso a lo que se te dice cabrona, no sirves para nada. Y no llores. Ahorra el llanto para cuando llegue tu padre.

Maruca lloró en silencio. Total, no era necesario romperle los oídos a la suerte. La madre sacó su delantal del ropero, entró a la cocina y puso la olla de los frijoles en la estufa. El fuego de su cólera renació al observar que su hija abría el refrigerador.

-¿Qué buscas, se te perdió algo?

-Tengo hambre. Me comeré una papa cocida.

-Esas papas no son para ti. Son para tu padre que trabaja todo el día mientras tú te haces bruta en la escuela. El tono de su voz se suavizó pero estuvo presente la amenaza: "-No comerás, no beberás ni harás de la chi si no aprendes las tablas de multiplicar. Apúrate tamalona."

Maruca tomó su cuaderno y se puso a estudiar. Sentada en el suelo masticó su amargura. Una hora más tarde llegó su padrastro, era un hombre mal encarado y sin edad.

-Ya vine, Dulce, -gritó estentóreamente. Ella vino y le besó la mejilla.

-Siéntate Benigno, descansa cariño.

-¿Qué hiciste de comer, prieta?

-Frijoles, habas, ensalada y caldo de tlacuache.

-Mejor hazme unos huevos rancheros, ando crudo.

-Prueba de perdido las habas, me quedaron super.

-No. Hazme unos huevos y dame la caguama que traje ayer.

Comió con frenesí, bebió cerveza y bostezó como un oso. Dulce midió el terreno y le comunicó la noticia.

-Maruca sigue mal en la escuela, no sabe ni las tablas de multiplicar, llámale la atención, a ver si a ti te hace caso.

Benigno eructó, sus ojillos despedían odio y deseo de cometer infamias. Fanfarrón y prepotente gritó:

-Mara, ven acá.

-¿Me hablaba, señor? -La chiquilla se acercó temerosa.

-¿Cuántos son dos por tres?

-Seis -dijo ella con una seguridad que se le perdió en la sombra roja del cerebro cuando el tipo le hundió el puño en el estómago. Cayó de rodillas, se puso pálida y jaló aire por la boca, convulsivamente. El padrastro la levantó de una patada y dispuesto a proseguir la tortura.

-¿Cuántos son seis por seis? -Dímelo en buen tono o te desmadro.

-¿No son treinta y seis? Ahora temblaba, toda la inseguridad del mundo apenas cabía en su voz. Entonces alguien tocó la puerta y Maruca deseó que fuese su padre; luego recordó que no vendría porque estaba internado en el hospital. De pronto abrieron y entraron el Topo y la Cachucha, amigos de la pareja.

- Pasen compadritos -masculló la mujerona -llegan a la hora de la clase. Benigno se quitó el cinturón a tiempo y se interrogaba a el Topo.

-¿Cuántos son dos por tres? Enséñale a esta mugre.

-Bah, eso hasta el chavo más menso lo sabe: Son cinco y a veces siete. Benigno sonrió satisfecho ante la falta de preparación de la criatura.

De pronto la niña le dio un puntapié en el tobillo y gritó lo que nunca debió gritar: -Usted no es mi padre, ¡eres un viejo huevón! Intentó huir pero los compadres del... (eso que gritó la niña) decidieron vengar la ofensa. Y el diluvio de golpes paralelo a las injurias cayó sobre su diminuto cuerpo.

-¡A la gente mayor no se le contesta! ¡Oír, ver y llorar es de sabios!

-¿Cuántos son tres por tres? ¡Que no llores babosa!

Sin saber ni cómo logró zafarseles, pero la mujer le salió al paso con su destino en la mano.

-¿A dónde vas, idiota, no sabes que es falta de educación dejar a las personas con la palabra en la boca?

La plancha se le hundió en la cabeza y tuvo la sensación de estar escapando de una pesadilla. No le habrían contado los golpes. El último le rompió la nariz. Ya no pudo contar. Dulce gemía como perra en éxtasis mientras se desahogaba en el ya cadáver. Y más por aburrimiento que por piedad Benigno intervino:

-Descansa mi Dulce. Mira, echaste a perder la plancha nueva. La tuvo que sujetar con fuerza, ella es superindignadísima.

-Jamás permitiré que se me falte al respeto. Esta basura se quiso pasar de lista, pero le salió cola. Herviré agua para curarte tu piececito.

-La cosa le pegó duro a mi compadre, por buena suerte estábamos aquí -dijo la Cachucha y guardó su mano. El Topo permanecía callado y oscuro.

-Viejita -murmuró Benigno -invítalos a comer, atiéndelos como si fueran tus hijos. Bueno...mejor.

Nadie se preocupó más por el cadáver. Días después El Heraldó informó en primera plana: "Una madre y su amante asesinan a niña de siete años. No hay delito que perseguir. Depositaron el millón y medio de pesos correspondiente. El padre de la chiquilla jura matar como a perros rabiosos a la pareja de tórtolos homicidas; es aprehendido y sentenciado a tres años de prisión por amenaza comprobada y por faltas a la moral."

La noticia causó indignación al público, ira, catarsis y más tarde...

o-l-v-i-d-o.

ZACARIAS JIMENEZ (Lagunillas, S.L.P.)

Egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L.. Ha escrito poesía, teatro, cuento y hasta novela. Obtuvo una mención honorífica en el Concurso de Dramaturgia que convocó la U.A.N.L. en 1987. Sus textos aparecen con frecuencia en revistas literarias y en diarios de Monterrey, N.L.

Los textos literarios siguientes muestran circunstancias que pueden suceder en diversas partes del mundo, su lectura constituirá un punto de reflexión para comprender mejor las relaciones humanas en tu vida diaria y tener un patrón de conducta al respecto.

II. Desarrolla las actividades siguientes:

- A. 1 Lee el texto "Pequeño ejercicio en absurdo" de Brianda Domecq.
- 2 Comenta qué te pareció el proceso de su lectura.
- 3 Señala brevemente cuál es la situación problemática del texto.

Hecha una ménade atacué las escaleras de dos en dos. Él estaba echado en la cama, arrellanado en unos pijamas manidos y, por la obsesividad circular de sus ojos, embotado en pensamientos e imágenes ajenos a mi placer. Reventé en alaridos absurdos de desesperación y reclamo, lagrimeando amargamente mi soledad y tristeza. Le azoté uno por uno sus juramentos y promesas, rasgando toda la superficie de aquella fantasía a dúo con un santo dramón. Y, por fin, hice lo irremisible: le rayé mi *ultimatum*.

-¡O esa... o yo!

-Amalia ¡por Dios! No actuemos como niños. Hemos tenido muchos años buenos. No nos perdamos ahora el respeto -y volvió a sus cavilaciones y entretenimiento.

Por eso me encuentro empacando una ropa rociada con redobladas lágrimas, anidando en los rincones de la maleta los pequeños recuerdos anudados de veinte años y pensando que, quizá, habría sido mejor seguir un tiempo más los consejos de mi madre y esperar con paciencia que él se cansara de la maldita televisión.

BRIANDA DOMECC

Nació en 1942. Es licenciada en lengua y literaturas hispánicas de la UNAM y en la actualidad está dedicada exclusivamente a escribir. Además, de *Once días y algo más*, editado por primera vez en 1979, en la Universidad Veracruzana, ha publicado un libro de cuentos, *Bestiario doméstico*, 1982; una antología, *Acechando al unicornio: la virginidad en la literatura mexicana*, 1989; un ensayo, acerca de nuestra frontera con Estados Unidos de América, titulado *Voces y rostros del Bravo*, 1987; y una novela reciente, *La insólita historia de la Santa de Cabora*, 1990; en el presente, se encuentra preparando un libro de cuentos, uno de ensayos y una nueva novela.

- B. 1 Lee el texto "La televisión enterrada" de Tomás Espinosa.
- 2 Subraya en el texto lo que te asombre o llame la atención.
- 3 Explica por qué subrayaste lo anterior.
- 4 Describe de qué trata.
- 5 Determina cuáles fueron las causas para la situación anterior.

La televisión enterrada

TOMÁS ESPINOSA

I

José, niño de diez años, camina por la calle. Carga una televisión. Transeúntes se cruzan con él. Algunos lo miran y comentan en voz baja. Para otros pasa inadvertido. Son las ocho de la mañana. Sol.

SEÑOR: Oye, niño, te compro tu televisión.

JOSÉ: No la vendo.

SEÑOR: Ha de estar descompuesta. Mira, por allí le salen algunos alambres y creo que le faltan bulbos. Suena como sonaja. Nadie te la va a querer comprar. Yo creo que ni regalada. Oye, te doy cincuenta pesos. ¿Qué dices?

JOSÉ: Sí sirve. Y no la vendo.

SEÑOR: No seas terco. Ya vienes sudando de tanto cargarla. Si quieres yo la arreglo: garantía por un año, imagen nítida, buen sonido. Sé mucho de electrónica: cinescopio, transistores, antenas, bulbos, ondas hertzianas. Estudié por correspondencia. Mira, aquí traigo mis herramientas. Nos sentamos en el parque y en un dos por tres ¡como nuevecita!

JOSÉ: ¿Y de dónde la va a conectar?

SEÑOR: No había pensado en eso... eres listo, tienes razón. Pero, vamos a mi taller, es un accesorio chiquitita allí la componemos. No te cobro caro. ¿Sí o no? Pero di algo. No ves que tengo prisa. Voy a arreglar una sinfonía aquí cerca.

JOSÉ: No entendió que no está descompuesta.

SEÑOR: Tengo una idea: te la cambio por una vitrola.

JOSÉ: No.

SEÑOR: A dónde la llevas...

JOSÉ: A enterrar.

SEÑOR: (Ríe) ¡Estás loco! "A enterrar", ni que fuera gente. Dirás: la voy a tirar a la basura, eso sí.

JOSÉ: Voy a hacer un hoyo profundo, la voy a cubrir con tierra: eso se llama enterrar.

SEÑOR: Mejor regálamela. Si está casi nuevecita... no me mires así, ni que te hubiera insultado...

JOSÉ: Ya me voy, déjeme pasar.

SEÑOR: Y en qué lugar la piensas enterrar. (José no contesta.) Y por qué no la enterraste en el jardín de tu casa como se hace con los gatos, canarios, perros, esto era más fácil ¿no?

JOSÉ (Molesto...) Porque no tengo jardín y si lo tuviera ni mi mamá ni mi papá me hubieran dejado.

SEÑOR: Yo sólo te quería ayudar, disculpa. Pero vas a tirar más de cinco mil pesos, vas a dejar que se los trague la humedad y el calor de la tierra y ...

JOSÉ: Sí, eso voy a hacer.

SEÑOR: ¿Por qué?

JOSÉ: Porque todo se acaba.

SEÑOR: Seguramente estás enojado porque ya se acabó 'El Llanero Solitario'. (Ríe.)

JOSÉ: No se ría.

SEÑOR: Ten cuidado, te la pueden robar o alguien puede decir que es suya y que eres un ladrón. Ten mucho cuidado, niño.

(El señor emite sonidos, voces mezcladas de varias estaciones de radio, música de todo tipo. Hace juego de fonomímica. José sale. El señor da la hora: "Son las ocho y cuarto. Son las ocho y cuarto", etc. En ese galimatías grita: policía, policía. Y sale.)

II

(José deja la televisión sobre el pasto de un jardín. Flores, fuentes. Un fotógrafo madrugador se dispone a amar sus cosas.

Trae cuadros, objetos, columnas, balastradas y otros adornos. José saca una palita y comienza a escarbar. Arroja hortensia y acantos a diestro y siniestro. Furor y cansancio. Se enjuga la frente. El fotógrafo lo mira. Trinos de pájaros. El fotógrafo le grita a José:)

FOTÓGRAFO: Buenos días...

JOSÉ: (Busca y responde) ¡Hola!

FOTÓGRAFO: ¿Qué haces tan temprano?

JOSÉ: Entierro mi televisión.

FOTÓGRAFO: Muy bien.

JOSÉ: ¿Y usted?

FOTÓGRAFO: Fotografo el mundo.

JOSÉ: Muy bien, a ver quién termina primero. (Ambos hacen una señal de despedida. Una señora que parece ir a misa, se detiene frente a José.)